

todo lo que, según mi parecer, podía reprocharle. Luego quedé satisfecho de habérselo dicho todo, olvidándome de que precisamente el único objeto que podía haberme propuesto, el cual no era otro que el de molestarle, no lo había de lograr hallándose tan excitado. Siendo la verdad que cuando se hallaba en su estado normal, que es cuando podía tener mayor eficacia mi acusación, no le hablaba nunca de esto.

La discusión empezaba ya á transformarse en disputa, cuando súbitamente Dmitri se calló y abandonó la estancia. Yo le seguí hablando todavía, pero él no me contestó ya una sola vez. Yo sabía perfectamente que en la lista de sus defectos figuraban los raptos de cólera y comprendí que en aquel momento no hacía sino grandes esfuerzos para contenerse... Cien veces maldije esa lista.

Aquí tenéis á lo que nos condujo nuestra regla de *decirnos el uno al otro todo lo que sintiéramos y de no decir nunca á los demás lo que mutuamente nos hubiésemos confesado*. A veces nos dejábamos llevar por la franqueza hasta llegar á las confesiones más humillantes, y tomábamos, para vergüenza nuestra, las suposiciones y los sueños por verdaderos sentimientos ó deseos, como por ejemplo lo mismo que acababa de decirle; pero todas estas confesiones no tan sólo no fortalecían los lazos de nuestra amistad, sino que secaban el propio sentimiento y nos desunían más cada vez. En aquel mismo instante, en el calor de la discusión, el amor propio le impedía hacer la más sencilla de las confesiones, y al contrario, en nuestras querellas nos servíamos de las armas que nos habíamos dado el uno al otro y con las cuales nos hacíamos un daño terrible.



XLII

Mi madrastra

Nos dijo papá que no vendría á Moscova con su mujer sino pasado año nuevo, y sin embargo se nos presentó en otoño, en el mes de octubre, cuando había todavía en el campo mucha caza que correr. Papá dijo que había cambiado de parecer porque su pleito debía verse por aquel entonces en el Tribunal Supremo; pero Mimi contaba que Audotia Vasilievna se aburría en el campo, estaba siempre hablando de Moscova y se fingía enferma todos los días, hasta que papá resolvió satisfacer sus deseos: «Porque no le ha amado jamás, aunque ha fatigado los oídos de todo el mundo con su amor, pues ella no quería sino casarse con un hombre rico...» acababa diciendo Mimi lanzando un hondo suspiro que parecía decir: «No se han portado así con él *ciertas personas*, que él no ha sabido apreciar».

Esta acusación era manifiestamente injusta, pues Audotia Vasilievna quería á papá con amor apasionado, descubriéndose el sacrificio de sí misma en cada uno de sus actos, de sus palabras, de sus gestos. Pero este amor no le privaba sin embargo de desear un magnífico sombrero con plumas de avestruz, ó bien un vestido de terciopelo azul de Venecia, con grandes escotados que dejasen ver la hermosa garganta y los redondos brazos cuya vista no habían podido gozar hasta entonces sino su marido ó sus criadas. Naturalmente, Katenka era del partido de su madre, y entre nosotros

y nuestra madrastra establecieron de golpe las más extravagantes y aún divertidas relaciones. En el momento de descender Audotia del carruaje, Volodia con aspecto el más serio y mirada vaga, se le acercó, le hizo una gran reverencia y le besó la mano diciendo:

—Tengo el honor de felicitar cordialmente á nuestra encantadora mamá y de besar con todo respeto su blanca mano.

—Ah! querido hijo mío!—exclamó Audotia con su monótona sonrisilla de siempre.

—No olvidéis á vuestro segundo hijo!—hice yo á mi vez avanzando para besar su mano y tratando involuntariamente de imitar la expresión y la voz de Volodia.



Si nosotros y nuestra madrastra hubiésemos estado unidos por mutua simpatía, esa expresión hubiera demostrado negligencia en la demostración de nuestro afecto; si hubiésemos estado mal dispuestos los unos con respecto á los otros,

hubiera podido indicar ironía ó el deseo de fingir en presencia de nuestro padre y disimular nuestros verdaderos sentimientos. Pero en el presente caso, la expresión adoptada, que se avenía muy bien con el espíritu de Audotia Vasilevna, no significaba absolutamente nada, sirviendo tan sólo para disimular la ausencia de todo sentimiento. Más tarde he podido observar que en las familias cuyas relaciones no son buenas del todo, se tratan siempre como en broma los unos á los otros, y esto es lo que hicimos nosotros involuntariamente con la mujer de nuestro padre, guardando siempre con ella una cortesía afectada. Hablábamos con ella en francés, le hacíamos grandes reverencias y la llamábamos *querida mamá*, á todo lo cual contestaba ella siempre con alguna broma del mismo género y con su monótona sonrisilla. Únicamente la lloricona Lubotchka, con sus conversaciones siempre ingenuas y su figura poco graciosa, era la que de veras amaba á nuestra madrastra, y muchas veces, no siempre con el mejor acierto, trataba de ponerla en buenas relaciones con la familia. He aquí porque fué Lubotchka la única persona á quien, á parte el apasionado amor que tenía á papá, tuvo Audotia un poco de afección verdadera. Hasta, y esto si que me

extrañó no poco, sentía por la muchacha un profundo é indudable respeto.

En los primeros tiempos, Audotia, llamándose á sí misma «madrastra», gustaba repetir que las familias juzgan siempre mal á las mujeres que tienen una tan falsa situación, con injusticia casi siempre, por lo cual hácese penosa la existencia de la madrastra. Pero lo cierto es que aún conociendo las desventajas de su posición en la familia, nunca hizo nada para evitarlas ó atenuarlas, cuando tan fácil le hubiera sido, dado su carácter, halagar á uno, hacer un regalito á otro, no reñir con nadie; pero no solamente no hizo nada de esto sino que, aún sin esperar el ataque, estaba siempre pronta á la defensa, en la suposición constante, no del todo infundada, de que en la familia todos buscaban, por cualquier medio, causarle disgustos y aún ofenderla. Parecía ver en todos y siempre nada más que deseos de molestarla, y creyó que su dignidad consistía en soportarlo todo en silencio; y naturalmente, con su actitud llena de reservas, en vez de conquistarse simpatías, no hacía más que aumentar la hostilidad contra sí misma.

Además, carecía en absoluto de esa capacidad de *comprensión* de que he hablado ya, y sus costumbres eran también tan contrarias á las nuestras, que la multitud de pequeños hechos que de todo esto se derivaban nos disponía ya en contra suya, viviendo en nuestra casa siempre como si acabase de llegar á ella. Se levantaba ó se retiraba á veces muy tarde, á veces muy temprano; unos días comparecía á comer, otros no comparecía; ora cenaba, ora no... Habitualmente, cuando no había en casa gente forastera, no acababa de vestirse y no le importaba presentarse delante de los criados llevando solamente una especie de bata blanca, con un chal sobre los hombros y los brazos desnudos.

Primeramente me gustó esa sencillez, pero muy pronto, á causa de esta misma sencillez, empecé á perderle el poco respeto que le tenía. Otra cosa muy extraña pude observar, y es que Audotia se mostraba bajo dos aspectos diferentes, según había en casa gente forastera ó no; delante de las visitas aparecía como una mujer joven, fuerte, fría, hermosa, ricamente vestida, ni tonta ni espiritual, mas siempre alegre; pero cuando no había en casa más que la familia, aparecía como fatigada, descuidada en todo y como aburrida, aunque siempre amorosa. Quien la viera sonriente, encendido el rostro por el frío del invierno, dichosa con la conciencia de su hermosura, al volver de hacer visitas, quitándose el sombrero delante del espejo, ó bien cuando con su soberbio traje de baile escotado, vergonzosa y llena de orgullo á la vez pasaba

por delante de los criados como una reina para subir al coche, ó bien cuando se daba en casa alguna pequeña velada y aparecía ella en su magnífico traje de seda con finísimas puntillas rodeando su delicado cuello... qué dirían los que en tales ocasiones la admiraban si la hubiesen visto como yo por la noche cuando, á medio vestir y despeinada, se paseaba como una sombra por las salas y salones, aguardando á su marido que volvía del club á media noche? A veces se sentaba al piano, y con una atención visiblemente afectada se ponía á tocar el único vals que sabía; otras veces tomaba una novela, leía algunas líneas y la tiraba enseguida; otras veces, para no despertar al criado, se iba al comedor y tomaba por sí misma algo de lo que hallaba en el aparador y se lo comía de pie junto á la puerta del mismo... Pero lo que más nos separaba de ella era la falta de *comprensión*, la cual se revelaba claramente en su costumbre de inclinar la cabeza y sonreír casi inconscientemente siempre que se le contaba algo que no la interesaba de veras, y de veras no se interesaba sino por su marido ó por ella misma... Pero la verdad es que esa inclinación de cabeza y esa sonrisilla, siempre repetidas, llegaron á hacérsenos insoportables. Su alegría, como si quisiese burlarse de sí misma y de los demás, no lograba nunca comunicarla á nadie, y su sensibilidad era excesivamente dulzona. Por encima de todo esto, no tenía ningún inconveniente en hablar á todo el mundo y á todas horas de su amor hacia papá; y ciertamente no mentía al afirmar que toda su existencia estaba en el amor de su marido, pues toda su existencia lo demostraba así; pero según nuestra comprensión especial, esta manera de repetir sin cesar y tan libremente la expresión de su amor resultaba repugnante; y cuando hablaba de esto mismo delante de gente extraña sentíamos por ella una vergüenza igual á cuando cometía alguna grave falta de francés.

Lo que más amaba ella en el mundo era su marido, y su marido la amaba también, sobre todo en los primeros tiempos, cuando observó que gustaba también á los demás. El único objeto de su vida era el de retener el amor de su marido, mas hubiérase dicho que lo hacía todo expreso para serle desagradable, poniéndole constantemente delante de los ojos la imagen de su amor y su deseo de sacrificarse por él.

Mi padre tenía especial gusto en verla brillar en el mundo, excitando las alabanzas y la admiración de los hombres, y también á ella le gustaba aparecer triunfante en medio de los esplendores de la sociedad; pero Audotia sacrificó este gusto en aras del amor de su marido y creyendo gustarle así más, se acostumbró á per-

manecer en casa, descuidadamente vestida y nunca ataviada. Papá, que consideró siempre la libertad y la igualdad como una condición esencial en las relaciones de familia, creyó que Lubotchka y su nueva esposa se unirían por medio de una franca y sincera amistad; pero Audotia Vasilievna sacrificó su propia persona y creyó necesario mostrar á la *verdadera dueña* de la casa, como llamaba á mi hermana, un respeto fuera de lugar que disgustaba soberanamente á papá.

Durante ese invierno, mi padre jugó mucho y fuerte, y como es natural sufrió finalmente grandes pérdidas; pero, siguiendo su antigua costumbre, no quiso tampoco mezclar su vida de jugador con su vida de padre de familia, y no comunicó á nadie nada de esto. Audotia Vasilievna, siempre sacrificándose, á veces enferma y hacia los últimos del invierno ya en cinta, creía deber suyo aguardar á papá, cuando volvía del casino á las tres ó las cuatro de la madrugada, habiendo perdido gruesas cantidades y no estando por consiguiente de muy buen humor. Su mujer le preguntaba sonriente é inclinando la cabeza si había ganado ó si había perdido aquella noche, y con una grande indiferencia pintada en el rostro escuchaba las explicaciones de su marido, quien acababa por suplicarle que no le aguardase hasta tan tarde... Pero á Audotia nadie le quitaba de la cabeza que papá no volviese á aquellas horas de casa de alguna querida, por lo cual procuraba leer en el rostro de su marido sus deseos de amor...

A causa de esto y de otras muchas pequeñas mortificaciones, al finalizar el invierno, en que papá perdió en el juego grandes sumas y no estuvo siempre alegre, sus relaciones con su mujer empezaron á enfriarse, presentándose con intermitencia chispazos de aquel *odio* latente, de aquella especie de contenida aversión hacia el objeto un día tan querido, aversión que se manifestó en él con una tendencia inconsciente á molestarla con toda suerte de pequeños disgustos morales.





XLIII

Mis nuevos camaradas

PASÓ el invierno casi sin notarlo y de nuevo vino el tiempo del deshielo y quedó fijada en la Universidad la fecha de los exámenes, cuando yo me acordé de pronto que había de contestar á dieciocho diferentes materias que habían sido tratadas en mi presencia y de las cuales no me había enterado ni había tomado una sola nota. Lo extraño es que ni una sola vez se me hubiese ocurrido hacerme á mí mismo la pregunta de cómo haría los exámenes; pero en el fondo de mi conciencia pensaba: Los demás los pasarán y serán admitidos, aunque ninguno de ellos es hombre *comme il faut* en el grado que yo lo soy. Asistía á las clases por costumbre, porque mi padre me enviaba á estudiar. Además me había hecho ya con algunos amigos y me gustaba infinitamente la vida de estudiante, con su aturdidora alegría y sus infinitas travesuras, yendo de vez en cuando con los demás á beber aguardiente ó á comer pasteles en alguna de las casas que frecuentaban los alumnos universitarios. Apenas empezaron los estudiantes á asistir con mayor asiduidad á las clases, terminó su curso el profesor de física y se despidió; entonces se dedicaron los alumnos á poner en orden sus apuntes, confrontándolos unos con otros. Operov, con quien continuaba cambiando fríos saludos, me ofreció sus cuadernos y me invitó á trabajar con él, lo que acepté pensando que concediéndole este honor borraría pasados resentimientos. Aunque insistí para

que viniesen á trabajar todos á mi casa, pues tenía un cuarto magnífico, se convino que se haría un día en casa de cada uno de nosotros. La primera reunión se tuvo en casa de Zukhin, en un cuarto pequeñito, y recuerdo que llegué tarde á la cita, empezado ya el repaso. El cuarto estaba lleno de humo de tabaco muy malo, sobre la mesa había una botella de aguardiente, un vaso, pan, sal y un hueso de cordero, y Zukhin, sin levantarse, me invitó á beber un vasito y me dijo que me



quitase la levita. Lo hice todo asimismo y para que no creyesen que me molestaba su compañía me tendí como los demás en el diván.

Zukhin iba leyendo en su cuaderno, y los demás escuchaban, interrumpiéndole de vez en cuando con alguna pregunta, acerca de la cual daba muy cortas, pero muy claras y comprensibles explicaciones. Me puse también á escuchar, pero sin comprender gran cosa, pues desconocía los precedentes, y se me ocurrió hacer una pregunta.

—Vaya, querido!—dijo Zukhin.—Se ve que no podéis seguirnos, pues estáis muy atrasado. Os dejaré el cuaderno y lo estudiaréis... Ahora es imposible explicároslo.

Me avergoncé de mi ignorancia y, comprendiendo que tenía razón Zukhin, dejé ya de escuchar y me puse á observar á mis camaradas.

Todos ellos pertenecían evidentemente á la clase de los *non comme il faut*, y por esto despertaban en mí no tan sólo un profundo desprecio sino también una fuerte animosidad, debido á que no solamente no me consideraban su igual sino que hasta parecían concederme una especie de humillante protección.

No obstante, y á pesar de sus apariencias poco agradables, se adivinaba algo bueno en el fondo de esos hombres, y, envidiando el compañerismo que los unía, sentí como una especie de atracción y quise aproximarme á ellos, aunque lo hallé empresa difícil. Conocía ya á Operov, y también Zukhin me gustó mucho. Era éste pequeño y moreno, fuerte, de rostro muy inteligente y de carácter vivo. Parecía preocuparse poco de sí mismo, cosa que me gustaba mucho en los hombres, pero se comprendía que su espíritu no estaba nunca inactivo.

Al terminar la lectura, bebimos todos un poco de aguardiente, como para sellar nuestro compañerismo, y se vació la botella. Entonces pidió Zukhin veinticinco kopeks para mandar traer más aguardiente; yo ofrecí mi dinero, pero Zukhin, como si no me hubiese oído, aceptó los cuartos de Operov, quien le dijo:

—Ten cuidado, no te emborraches.

—No tengas miedo,—le contestó Zukhin, chupando el hueso que había encima de la mesa; recuerdo que entonces pensé que si Zukhin era tan inteligente lo debía, sin duda, á que estaría siempre chupando el meollo de los huesos; y sonriendo con su sonrisa especial, que despertaba un modo de agradecimiento, repitió Zukhin: —No tengas miedo... Y aunque beba no ha de sucederme nada malo; otros caerán antes que yo. Mira á Semenov, lleva ahora una vida que no sé cómo va á acabar...

En efecto, de Semenov se trataba, el de los cabellos grises y que recibido con el número *dos* en los anteriores exámenes, había asistido con regularidad á las clases hasta mediados de curso, para no vérselo ya más por la Universidad.

—Qué ha sido de él?—preguntó no sé quien.

—Le he perdido de vista—prosiguió Zukhin—la última vez echamos abajo él y yo la taberna de Lisboa; fué una cosa muy divertida. Después le pasó no sé qué... Vaya una cabeza! Es un espíritu fuerte aquel hombre! Qué alma! Lástima que se pierda así. Y se perderá, no hay duda, pues ya no es un niño para seguir en la Universidad con tales ímpetus.

Después de hablar un poco nos separamos, quedando para el día siguiente también en casa de Zukhin, pues era la que estaba más próxima de todos nosotros. Al hallarnos en el patio me dió vergüenza que todos fuesen á pie y yo solamente en coche, por lo cual invité á Operov que me acompañase. Zukhin pidió prestado un rublo á Operov y se fué á pasar la noche entera no sé dónde... Operov, por el camino, me habló de Zukhin y de su extraordinario carácter y yo estuve vacilando entre dar ó no mi estimación á esos nuevos amigos, pues si por un lado me atraía su indudable saber, y su honradez y su amable franqueza, por otro lado me era repugnante su apariencia poco decorosa, y en aquellos tiempos me había de ser muy difícil intimar con ellos, pues nuestra respectiva concepción de la vida era muy distinta. Pero, sin duda, lo que constituía el mayor obstáculo para nuestra amistad eran las diversas manifestaciones de mi mejor posición, mi coche y mis caballos, mis trajes y mis camisas de tela de Holanda. Me parecía que con todo esto les humillaba, y yo mismo indignábame contra esta inmerecida humillación...

Durante dos semanas, casi, cada tarde fui á casa de Zukhin, aunque yo estudiaba y trabajaba muy poco; y hallándome muy atrasado y sin fuerzas para estudiar yo solo, lo que hacía era escuchar y fingir que iba entendiendo lo que se explicaba, pero en realidad lograba muy pocos avances. Creo que mis compañeros se habían hecho ya cargo de esto y no me dirigían jamás pregunta alguna, como si prescindieran de mí.



Cada día, olvidándome progresivamente del *comme il faut*, sentíame más fuertemente atraído por la vida y el modo de ser de mis nuevos camaradas y era más indulgente con ellos; de manera que la palabra que dí á Dmitri de que no iría á parte alguna con mis amigos, me salvó de la tentación de compartir sus distracciones más ó menos libertinas.

Un día quise alabarme de mis conocimientos en literatura francesa, y no fué poca mi sorpresa al notar que ellos sabían mucho más que yo, y que conocían también la literatura alemana y aún la española, aunque pronunciaban no muy correctamente los títulos de las obras que citaban. También pude observar que ni en música les llevaba ventaja alguna, pues quien más quien menos tocaba con relativa perfección algún instrumento y sabían apreciar la buena música, á pesar de lo cual no se mostraban nada envanecidos. Dónde estaba, pues, mi pretendida superioridad con respecto á ellos? En mi parentesco con el príncipe Ivan Ivanovitch? En mi correcta pronunciación del francés? En mi coche y mis caballos? En mis camisas de tela de Holanda? En mis uñas?—Pero no son solemnes tonterías todo eso?—Así pensaba yo muchas veces, tímidamente, bajo la influencia de la envidia que me daba el franco compañerismo de mis amigos y la profunda alegría de vivir que en todos ellos descubría.

Todos se tuteaban; la simplicidad de sus relaciones iba á veces hasta la grosería, pero una grosería nada más que exterior, pues ya tenían buen cuidado de no molestarse mutuamente, aunque he de confesar que algunas de las palabras que se decían me causaban un poquito de asco. En sus mutuas relaciones, sin embargo, eran atentos y delicados, como únicamente pueden serlo hombres jóvenes y pobres. Algo grande y magnífico adivinaba yo

en el carácter de Zukhin y aún presentía que sus tabernarias orgías debían ser cosa muy diferente de lo que había visto en la célebre fiesta celebrada en casa del barón.



Ignoro á qué clase de la sociedad pertenecía Zukhin; sé únicamente que era pobre y que no pertenecía á la nobleza. Tendría en aquel entonces dieciocho años, pero aparentaba tener muchos más. Tenía mucho talento y sobre todo una comprensión muy fácil. Se sabía inteligente y estaba orgulloso de ello, y merced quizás á este mismo orgullo se mostraba sencillo y bondadoso en sus relaciones con todo el mundo. Sin duda había sufrido mucho en la

vida. Con su natural entusiasta é impresionable había llegado ya á sentir el amor, la amistad, los afectos todos y hasta los pesares que da la falta de dinero. Aunque colocado en una situación social inferior, no había cosa que no menospreciase ó hacia la cual no sintiese indiferencia, debido á su gran facilidad á hacer siempre lo que se proponía, entregándose con ardor á todo lo nuevo, que olvidaba después de alcanzado. Y asimismo se portaba como estudiante, no dando importancia alguna á lo que se enseñaba en la Universidad, á pesar de lo cual sabía llevarse con los profesores de manera que éstos le estimasen.

Pero como la vida de estudiante no absorbía más que una décima parte de su mentalidad, para ocupar su naturaleza ardiente y activa necesitaba «vivir» como él decía, y así es cómo se entregó con calor á la vida desordenada que llevaba. Zukhin y Semenov eran siempre los que organizaban y hacían los principales papeles en toda clase de estruendosas aventuras, en las cuales tomaba parte también Ikonin, aunque pronto se deshizo de su compañía por hallar excesivas esas diversiones. En la Universidad eran mirados los dos jefes de las partidas orgiásticas con cierto terror y unos á otros se contaban al oído sus más extraordinarias aventuras. Antes de los exámenes sucedió lo que había predicho Operov:

desapareció de pronto Zukhin sin que se supiese nada de él, viéndonos obligados á reunirnos en casa de otro estudiante... Pero llegó el primer día de exámenes y compareció en la Universidad el gran Zukhin, con los ojos hundidos, pálido el rostro, deshecho... é hizo unos exámenes brillantísimos, tan brillantes como los pudiese hacer el más aplicado y más inteligente de los escolares...